



CÓNDORES NO ENTIERRAN TODOS LOS DÍAS: CUANDO MATAR SE CONVIRTIÓ EN “CUESTIÓN DE PRINCIPIOS”

Sonia Natalia Cogollo Ospina
Docente del Programa de Psicología
Funlam

Son muchas las controversias que se suscitan por las adaptaciones cinematográficas de obras literarias. Por lo general, los lectores resultan defraudados ante los resultados por la incongruencia entre lo que imaginaban y la puesta en escena realizada por un director y su equipo. Esta decepción bien puede evitarse si el director que realiza la adaptación tiene claro que debe capturar la esencia de la obra original pero que su misión es la de hacer otra obra, pues al fin y al cabo la literatura y el cine tienen lenguajes diferentes.

Pues bien, Francisco Norden, hace de su *Cóndores no entierran todos los días* (1984), una obra auténtica, que se basa en la novela de Gustavo Álvarez Gardeazábal¹ pero introduce elementos que complementan ese fragmento de la historia nacional, que están ausentes en la obra literaria o que con el recurso de la imagen resultan más ilustrativos y, ante todo, captura la esencia del móvil de los asesinatos planeados por “El Cóndor”, que están de manera más sutil en la novela. Es decir que, ante todo, la puesta en escena cinematográfica de la novela pasa por una excelente lectura e interpretación que realiza este director.

¹ Las diferencias entre las dos obras comienzan por la forma misma. La novela de Álvarez Gardeazábal está escrita a manera de crónica, sin diálogos entre los personajes, como una narración continua. Norden, por su parte, imagina los diálogos que se pudieron dar y cambia algunos personajes. Por ejemplo en la película, el dueño de la librería es don Gustavo Gardeazábal (como si fuera el escritor mismo o su abuelo fuera homónimo), cuando en la novela es de don Marcel Gardeazábal; en la novela el sacerdote que incita a las diferencias es el padre Ocampo, en la película, el padre Amaya.

El relato cubre alrededor de una década, desde 1946, cuando los liberales están en el poder, hasta aproximadamente 1956 cuando León María Lozano (1899-1956) es asesinado y se centra en la figura de “El Cóndor”, apodo que recibió Lozano por convertirse en el líder de una banda de asesinos que llamaban “pájaros”, tal como lo explica Norden en una nota que contextualiza al espectador al inicio de la película:

En Colombia, desde la segunda mitad del Siglo XIX, los dos partidos políticos tradicionales, el Liberal y el Conservador, se enfrentaron en una serie de guerras civiles que durante cerca de cien años ensangrentaron al país. La última de éstas fue [sic] conocida como “La Violencia”. Se inició a raíz del asesinato del caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948. Ese día comenzó una época tenebrosa que habría de durar una década y en la cual cumplieron papel muy importante los asesinos a sueldo, los llamados “pájaros”, tales como León María Lozano, el más notorio de todos: “El Cóndor”. (Norden, 1984).

El contexto claro de la película es, entonces, la violencia bipartidista en Colombia, en que los partidos políticos se asumían por tradición. Por esto es que funciona el lugar en que ubica los hechos Francisco Norden, el altiplano cundiboyacense –diferente al de la novela desarrollada en Tuluá–. La pugna entre afiliaciones políticas hacía parte de la cotidianidad; desde la infancia, en los hogares, se enseñaba la intolerancia, considerando que si alguien no pertenecía a su mismo partido, era enemigo; en un país acostumbrado a concebir todo desde las polaridades bueno/malo, era importante calificar al opositor como malo.

Algo bien interesante de este filme es que precisamente comienza en un momento en que el partido dominante era el Liberal, con Alberto Lleras Camargo como presidente, y luego muestra la crisis de ese partido cuando la presidencia es asumida por el conservador Mariano Ospina Pérez. Los fanáticos de ambos partidos actuaron de igual manera, dependiendo de quién estuviera en el poder. La primera escena de *Cóndores...* así lo ejemplifica, pues comienza con el asesinato de una familia entera que es conservadora, que es juzgado por el padre Amaya en su homilía de “testimonio espeluznante de la violencia que están desencadenando los masones y ateos, contra nuestras familias cristianas”²

² Desde el lenguaje cinematográfico, Norden maneja esta escena con una hermosa sutileza pues hace uso de la elipsis para la masacre de La Resolana, sin mostrarla. En su lugar, hace un plano detalle de un par de cometas de los niños de esa familia, con unos colores bien simbólicos, rojo y azul, para dar cuenta de la guerra entre los partidos Liberal y Conservador. Además la hipótesis expuesta por el padre Amaya se refuerza con el hecho de que justo la cometa azul (partido conservador) está destruida; magnífica imagen, en consecuencia, para mostrar la filiación política de la familia masacrada. En la novela la matanza fue la de los Arbeláez de La

(Norden, 1984). En el momento en que los conservadores volvieron al poder y le dieron la misión a personas como “El Cóndor” de menguar la población liberal, el procedimiento de retaliación fue el mismo: “En el universo de la película, quien ostenta el poder el día de hoy puede no tenerlo mañana, generando la expectativa de una revancha futura” (Rojas-Osorio, 2010, p. 66).

En ese contexto, emergió el líder Jorge Eliécer Gaitán. Con una carrera política en que, por ejemplo, al ejercer como Ministro de Educación durante la presidencia de Eduardo Santos, trabajó por erradicar problemas como el analfabetismo, y pretendió popularizar la educación y la cultura; las masas populares se identificaban con sus discursos y no por azar recibió el epíteto de “caudillo del pueblo”. Este personaje, entonces, está presente en la narración como sombra, como fantasma de lo que se desencadenó con su muerte, no sólo en Bogotá, sino en la generalidad del país.

La transformación de León María Lozano en “El Cóndor”

León María Lozano era un ciudadano sencillo, humilde, que no hacía mérito alguno para sobresalir; de hecho, su actitud era de sumisión ante los otros: su mirada agachada, respondía cabizbajo cuando lo confrontaban con sus afiliaciones políticas, con un volumen de voz bajo y un timbre gangoso, posiblemente producto del padecimiento crónico de asma, un hombre ignorante, con un trabajo que simplemente le daba para sobrevivir: vendedor en la “Librería y papelería Cervantes” de don Gustavo Gardeazábal y luego como vendedor de quesos en la plaza de mercado. Tal vez lo más destacable de Lozano eran sus creencias religiosas y políticas rayanas en el fanatismo.

El devenir de este insignificante hombre cambia el 9 de abril de 1948 cuando impidió que una turba incendiara el colegio salesiano, lanzándoles un taco de dinamita. Este acto fue interpretado por muchos como heroico y León María pasó a ser el salvador de la Iglesia (y del partido conservador). Así se los hace saber el padre Amaya a sus feligreses: “amadísimos hermanos, en el día de ayer un terrible sacrilegio fue impedido por la gracia divina” (Norden, 1984). Esto tiene resonancia cuando se conoce que en el resto del país la situación fue

Esmeralda, “los únicos conservadores que quedaban en la montaña de La Rivera” (Álvarez Gardeazábal, 1994, p. 20).

caótica (Álvarez Gardeazábal, 1994, p. 13). Por consiguiente, fue en comparación con lo sucedido en otras partes que este hecho significó una acción valiente, que fue aplaudida por el padre Amaya. Por esta acción los jefes del Directorio Departamental Conservador citan a una reunión a León María Lozano para “consultarle graves problemas del partido”. En dicha reunión le manifiestan que

[...] nadie puede olvidar su actitud el día de la asonada, su acción valerosa es bien conocida por los jefes del partido, por los jefes de la Iglesia, por todo el país. Es por eso que ahora queremos y confiamos en que usted asegure para este rincón de la patria la defensa de nuestros principios e instituciones y la defensa del gobierno legítimamente constituido. (Norden, 1984).

Es de esa forma que le otorgan poder a un hombre que se considera insignificante, al que por fin le dan una misión que cumplir en la vida, ligada además a sus creencias, pues Iglesia y partido conservador eran como sinónimos para él. En efecto, León María era dogmático, con una fe ciega, no cuestionaba nada que proviniera de la Iglesia o del partido, en ambos casos era palabra sagrada, de la que no se podía dudar. Así, como suele suceder con los políticos, es más lo que se puede leer entre líneas en la misión encomendada a Lozano: “queremos y confiamos en que usted asegure para este rincón de la patria la defensa de nuestros principios e instituciones y la defensa del gobierno legítimamente constituido” (Norden, 1984), que deja entrever que todo es válido –especialmente el aniquilamiento del enemigo– para defender lo concerniente a los Conservadores. Mandatos como éste adquieren mayor dimensión en un hombre que carece de pensamiento abstracto, que toma las cosas al pie de la letra –especialmente por la palabra “principios”– y que considera que “la obediencia al partido es lo más importante”, mostrando así su adherencia acrítica a los dictámenes de los jefes del Directorio. Así comenzaron las matanzas a liberales ordenadas por Lozano a un conjunto de asesinos pagados por el Directorio Conservador para defender y mantener un “gobierno legítimamente constituido”, asesinos que fueron llamados “pájaros” por los periódicos locales. El supremo jefe, el autor intelectual de las matanzas, fue bautizado por Gertrudis Potes como “El Cóndor”, y así mismo fue calificado por la revista *Life* cuando destinó 40 páginas a un reportaje sobre “la guerra civil no declarada que se vivía en Colombia” (Álvarez Gardeazábal, 1994, p. 105).

“Matar es una cuestión de principios”: ¿una anomia moral?

Así rezaba el lema del cartel de la película; aunque esto jamás fue expresado manifiestamente por León María, se colige de las razones que siempre da para sus actos: “Es cuestión de principios”, frase que Norden pone en labios de “El Cóndor” en variadas ocasiones, verbigracia cuando reprende a su mujer porque se halla desnuda después de hacerse unos emplastos, aún encontrándose ambos a solas; cuando un liberal saluda a su mujer y “El Cóndor” le prohíbe a ésta volver a corresponderle el saludo por “cuestión de principios”; cuando considera que los principios llevan a obedecerle al partido y cuando no compra una finca que le ofrecen porque el dinero que tiene no le alcanza y tampoco ambiciona más “ya que con lo que le paga el Directorio es suficiente”. Son éstas, situaciones que permiten comprender que sus actos siempre están respaldados por su creencia en el Conservadurismo.

Ahí está la grandeza interpretativa tanto del director Francisco Norden como de Frank Ramírez en su papel de “El Cóndor”, cuando muestran que ante todo este sujeto fue producto de un cúmulo de circunstancias. “El Cóndor” emprendió una cruzada con el aval del partido Conservador, relativizando acciones que normalmente son castigadas severamente por las leyes y que van en desmedro de un colectivo, por los intereses que el partido tenía de conservar el poder. El partido Conservador, principalmente en cabeza de Laureano Gómez, forjó un clima de intolerancia desde el periódico *El Siglo* -periódico que leía diariamente “El Cóndor”- diciendo repetidamente que los liberales recurrieron al fraude electoral durante sus gobiernos, comentarios que por reiterarlos terminaron teniendo eco en los campos y veredas colombianos (Reyes Cárdenas, 1989, p. 18). También a través de ese periódico, Laureano Gómez animaba a una hegemonía conservadora, adelantando una campaña de desprestigio contra el partido liberal.

Ante el beneplácito del partido, tan admirado por León María, en una persona que carece de sentido crítico, que es dogmática, no cabe el cuestionamiento hacia las acciones encomendadas, acoge la misión por “cuestión de principios”, lo que parece paradójico cuando se piensa que un límite necesario en toda sociedad y en las instituciones que velan por ella, es la prohibición de matar al semejante. Igualmente es paradójico en el sentido en que León María no encuentra incongruencia interior ante lo que está realizando, no siente ningún dilema moral, para él sus actos están plenamente justificados

en consonancia con lo que es correcto, en nombre de la Iglesia y el partido Conservador. Este personaje sirve de referencia para ilustrar la manipulación que el poder puede hacer de una persona carente de educación, adoctrinada, con una obediencia extrema, por ende, peligrosa, que asume como propias las palabras de las autoridades que admira como cuando trata de “masones” a los liberales que se acercan a su esposa e hija, expresión que tiene una carga semántica de discriminación y odio. Muestra así conformidad y consonancia con los “valores” inculcados por su partido, con el cual tiene un alto sentido de pertenencia, es más, su razón de ser es actuar acorde a lo dictado por el partido Conservador. El proceder de León María se acoge al tipo de sociedad en que predomina la conformidad descrita por Robert Merton en que se asume la cultura imperante, sin divergencias, aceptando sus fines y medios. En este caso el fin de tener una hegemonía del partido conservador, sin importar los medios para conseguirla.

Por sus actuaciones y luego de que intentaran envenenarlo, León María Lozano, fue condecorado con la Orden de San Carlos, por ser un “ilustre colombiano [...], gestor de muchas lides cívicas a quien los crudos asesinos intentaron dar muerte, creyendo así privar a su ciudad natal del más egregio de sus hijos” (Norden, 1984). Nada diferente a lo que sucede en Colombia una y otra vez, con personas que se sabe han ordenado masacres multitudinarias y luego son homenajeadas. La historia colombiana es repetitiva y León María bien puede ser ejemplarizante como una figura contradictoria, que deja mucho qué pensar sobre la clase de líderes que en ocasiones se eligen en nuestro país: “buen católico pero al mismo tiempo ‘apenas si sabía que la Sagrada Escritura existía’. Es militante apasionado del partido conservador, pero es incapaz de entender una editorial política. Ha sido dependiente de un librero, pero nunca le ha interesado leer” (Gilard, 1977, p. 71).

Con este personaje bien podemos hacer una comparación con otro famoso obediente, un idiota moral (Bilbeny, 1995) histórico: Adolf Eichmann, quien dispuso la muerte en cámaras de gas de millones de judíos, amparado en la justificación de que actuó como un funcionario que obedecía a sus superiores; un hombre cuya “pura y simple irreflexión [...] fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo” (Arendt, 2013 / 1963, p. 418).

REFERENCIAS

- Álvarez Gardeazábal, Gustavo. (1984). “Aclaración necesaria”. En: Álvarez Gardeazábal, Gustavo. (1994). *Cóndores no entierran todos los días*. Santafé de Bogotá: Plaza & Janés. 4ª ed. pp. 7-9.
- Álvarez Gardeazábal, Gustavo. (1994). *Cóndores no entierran todos los días*. Santafé de Bogotá: Plaza & Janés. 4ª ed.
- Arendt, Hannah. (2013 / 1963). *Eichmann en Jerusalén*. Bogotá: Debolsillo.
- Bilbeny, Norbert. (1995). *El idiota moral: La banalidad del mal en el siglo XX*. Barcelona: Anagrama.
- Gilard, Jacques. (1977). “*Cóndores no entierran todos los días*: Tragedia en vez de historia”. En: Williams, Raymond L. (comp.). *Aproximaciones a Gustavo Álvarez Gardeazábal*. Bogotá: Plaza & Janés. pp. 63-75.
- Norden, Francisco. (1984). *Cóndores no entierran todos los días*. [Cinta cinematográfica]. Colombia: Procinor.
- Ramírez Aíssa, Carlos María. (2002). “Un ajuste de cuentas con el conservatismo: ‘*Cóndores no entierran todos los días*’”. *Cuadernos de filosofía latinoamericana* (Bogotá), 86-87, pp. 256-267.
- Reyes Cárdenas, Catalina. (1989). “El gobierno de Mariano Ospina Pérez: 1946-1950”. En: Tirado Mejía, Álvaro (Dir.). *Nueva historia de Colombia*. Bogotá: Planeta. Vol. II: Historia Política 1946-1986. pp. 9-32.
- Rojas-Osorio, Sara. (2010). “Ciudad y violencia: Una aproximación desde la cinematografía colombiana”. *Revista Nodo*, Vol. 5, N° 9, pp. 59-78.